

16-A | General | Editorial



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA*

La distancia entre los dos...

La explicación a la distancia – y divorcio – que se ha generado entre los ciudadanos y la así llamada clase política nacional es muy compleja. No sabemos cuándo empezó, pero sin duda abreva en el sistema político autoritario – y paternalista – que vivimos durante muchas décadas. La inexistencia de una ciudadanía subsumida en las instituciones omnipresentes y la política como un espacio desconocido, opaco, donde se privilegió la corrupción para la toma de decisiones, nos ayudan a explicar ese agravio y la distancia que han tomado los ciudadanos respecto a los representantes políticos, que parece ensancharse cada día más.

Sin duda, el factor educativo es una variable fundamental para comprender el fenómeno. La nuestra es una cultura de blanco y negro, dicotómica, que no parece admitir gradaciones. De un lado todos son buenos, del otro todos son malos. La clase política es la culpable de todos los males, los ciudadanos encarnan todas las virtudes. En un país con bajos niveles de escolaridad, con un promedio escaso de lectura – no sólo de libros sino de periódicos –, con dos monopolios de la comunicación que dosifican información y moldean las conciencias, difícilmente se puede construir ciudadanía participativa, informada, con un entendimiento mejor de los problemas públicos. Por eso la visión simplista de buenos y malos.

Abona a esa visión degradada de la vida política y de sus actores, que estos también adolecen de ese bajo nivel de escolaridad. La improvisación de los servidores públicos, el otorgamiento de cargos no por la vía de las capacidades sino de las relaciones o compadrazgos, cuando no de compromisos de campaña, contribuye a la mala imagen de los representantes políticos y ahonda la brecha con los ciudadanos.

Lo anterior lo reflexiono a propósito de la discusión de la reforma política y sobre todo de las candidaturas independientes o de las propuestas de reducción del Congreso. Más que argumentos fundamentados a favor de dicho tipo de participación, lo que encuentro son justificaciones subjetivas: que desaparezcan los partidos políticos, y con ellos los diputados. Se trata de una verdadera cruzada para sustituir a

los “malos”. Lástima que los “buenos” dejarán de serlo una vez que asuman el poder.

En Baja California el fenómeno creciente de abstención se explica en buena parte por ese divorcio creciente entre sociedad y clase política. A ello se suma la “abstención activa” o “voto nulo”, que también ha crecido significativamente; por ejemplo en la pasada elección federal intermedia de 2009, el “voto nulo” alcanzó el 6.35% (42 mil 582), siendo mayor al porcentaje obtenido por el PRD: 5.97% (40,013); el PT: 2.40% (16,109); Convergencia: 1.19% (8,028) y el PSD: 1.14% (7,675). Si restamos el 6.35% de votos nulos a la participación, podemos tener mejor idea de cuál fue el porcentaje de los bajacalifornianos que realmente eligieron a los 8 diputados de mayoría relativa: 24.22%.

Este lunes 16 de mayo se dieron a conocer los resultados de una encuesta elaborada por la empresa IMERK (Frontera, 16/05/2011). Retomo sólo un par de respuestas que muestran con claridad lo que he sostenido. A la pregunta sobre el conocimiento de las iniciativas de reforma electoral que recientemente han propuesto diputados de distintas fracciones, el 74.8% no conoce o ha escuchado hablar sobre el tema; sin embargo, respecto a la probable participación de candidatos independientes para elegir a diputados, el 66.7% se manifiesta a favor, 20.3% indiferente y sólo un 13% en contra. Es decir, los potenciales votantes no están informados sobre la discusión que ha habido a través de distintos medios de comunicación y foros, pero sí opinan que debería haber candidatos independientes de los partidos políticos. Lo que tenga que ver con una visión crítica sobre la clase política goza de las simpatías de buena parte de la población.

La explicación de este preocupante distanciamiento entre la sociedad política y la civil, tiene que enfocarse desde dos vías: lo que ha hecho o dejado de hacer la clase política para generar esa percepción negativa y los bajos niveles de educación cívica de los ciudadanos. Requerimos de representantes políticos dignos y profesionales; pero también de una sociedad civil informada y participativa.

El asunto no es sencillo.
*El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.
Correo electrónico: victorae@colef.mx